

EL CORREDOR HISTORICO LIMA - CORDOBA DEL TUCUMAN

FERNANDO ROSAS MOSCOSO

1. FUNDAMENTOS TEORICOS

El rescate de itinerarios persistentes al paso del tiempo implica no solamente una tarea de investigación histórica sino también una indagación de carácter antropológico, sociológico y de mentalidad colectiva. En ese sentido, existen vistosos itinerarios que rescatan procesos con raíces profundas en el pasado y con manifestaciones complejas y concretas en el presente; pero también, mas allá de las evidencias que saltan a la vista, existen itinerarios que permanecen latentes en el sentir de las sociedades involucradas y que se sustentan en procesos de larga duración en los que la documentación y la evidencia histórica surge con facilidad. Lo interesante de estos itinerarios latentes es que con su persistencia mantienen sensibilidades y voluntades que buscan rescatarlos y reactivarlos a pesar del paso del tiempo.

Una identificación inmediata de los motores que impulsan el desarrollo de los itinerarios nos lleva a señalar los aspectos económicos, geográficos, políticos y culturales, como elementos vertebradores del espacio en el que se desarrolla el itinerario. Es difícil sustentar el predominio exclusivo de uno de esos factores, lo más evidente es su interacción constante y su persistencia a través del tiempo. Los aspectos económicos están sujetos a las fluctuaciones propias de su naturaleza, los políticos a la aparición o desaparición de objetivos y estrategias, los culturales tienen mayor persistencia pero también están asociados a los cambios de mentalidad y a las coyunturas que ineludiblemente se plantean en ese contexto, pero de todos es quizá la geografía o la naturaleza del espacio lo que favorece la mayor persistencia de los componentes de un itinerario.

Bajo esos supuestos, se podría aplicar el planteamiento teórico de Fernand Braudel, cuando al referirse a las estructuras históricas las identifica como procesos históricos de larga duración y las tipifica en términos políticos, económicos, sociales y mentales; pudiéndose agregarle a dicho marco teórico, lo que algunos han llamado la macro estructura geohistórica, en donde lo geográfico ocupa el papel "envolvente" de los procesos histórico sociales. Con estos instrumentos teóricos podríamos ordenar el estudio de los llamados itinerarios culturales.

El tratamiento del itinerario cultural que se propone en este caso, se ajusta a un esquema teórico semejante pues al sustentar su gran persistencia por los factores geográficos en general, rescata a lo largo de su desarrollo los factores estructurales de carácter político, social, económico y mental, siendo éste último el que le da la necesaria llegada a nuestro tiempo y lo califica como una realidad latente.

2. LA EPOCA PREHISPANICA

Los primeros indicios concretos de relación entre el noroeste argentino y el Perú los encontramos en la época incaica. La dominación incaica se extendió a lo largo de la Cordillera de los Andes desde Pasto en Colombia, hasta Chile y la Argentina. En el actual territorio argentino la huella incaica se encuentra presente principalmente en las regiones de Tucumán y Cuyo. Siendo en la primera de las nombradas donde se inició la incorporación al incario de las vertientes orientales andinas correspondientes al sector atlántico.

El gestor de la empresa de asimilación del territorio tucumano al imperio incaico fue el Inca Túpac Yupanqui, quien organizó una expedición que partiendo del Cusco llegó hasta esas tierras y de la que tenemos noticias a través de algunos cronistas.

a. La conquista incaica: del Cusco a Charcas

El Inca Túpac Yupanqui, Inca conquistador, llamado por algunos el Alejandro de América, fue quien emprendió la conquista del Collasuyo, al frente de un numeroso ejército preparado para una larga campaña por lugares fríos y desiertos. Para ello contaba, según señalan los cronistas, con grandes toldos y gran cantidad de vituallas.

Partiendo del Cusco, la expedición al cabo de algunos días de camino penetró en territorios de la provincia de Chuchito, donde el Inca fue recibido solemnemente y con grandes muestras de aprecio por los caciques y naturales de la región. Para entonces, al engrosarse constantemente llegó a contar, según Cieza, con más de 300 mil personas, entre soldados y sirvientes.

Después de breve marcha, llegaron los expedicionarios a orillas del sagrado Titicaca; impresionado el Inca por lo imponente de sus aguas y riberas, visitó las misteriosas islas situadas en ese mar interior, recorrió el lugar y observó los edificios mandados construir por su padre Pachacútec, el primero que llevó victoriosamente a los ejércitos incaicos a esas tierras. Mandó el Inca que se construyeran otros palacios y templos como el de Copacabana, atendido por mamaconas traídas del Cusco.

Prosiguiendo con la expedición llegó Túpac Yupanqui a la región del Tiahuanaco, en donde hizo un alto para observar las extrañas construcciones que allí se levantaban. Cuenta el P. Cobo este suceso:

“Hizo alto en Tiahuanaco, para ver despacio aquel edificio maravilloso; quiso informarse de los naturales del pueblo de adonde se había traído la piedra para aquella fábrica y quien había sido el autor della. Respondieronle los indios que no lo sabían ni habían tenido noticias en que tiempo se hubiese edificado.” (1)

Más adelante, el Inca y su ejército llegaron a los límites del Imperio y entraron en territorio de Charcas, con decisión de conquistarlo. Refiere Lizárraga, en la descripción que da de la provincia de Charcas, que:

“... es ésta ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más bien dispuestos que los del Collao; más fornidos los otros más llanos; y en sus vestidos más bien tratados.” (2)

Dispuso, como primera medida, el envío de embajadores a todos los pueblos de aquellas tierras para pedirles su sujeción voluntaria y ofrecerles presentes y recompensas a cambio. No todos aceptaron renunciar a su libertad y muchos se dispusieron a hacer frente al invasor. Así empezaron las luchas, conquistando pronto el Inca la provincia de los Carangas. De allí siguió a oriente, llegando a Paria, cerca de la actual Oruro, en donde mandó construir grandes edificios.

Posteriormente, en dirección noreste conquistó la región de Cochabamba; luego se dirigió al sur hasta la tierra de los Amparaes. Los naturales accedían a servirle o de lo contrario huían buscando lugares estratégicos en donde preparar la resistencia. Superando la oposición de los naturales continuó la expedición en dirección sur, atravesando regiones de áspera geografía.

Los triunfos alcanzados, el poderío militar y la capacidad de sobreponerse a los obstáculos naturales hicieron que los pueblos de Charcas, se sometieran. Como dice el P. Cobo:

“La fama del poder y victorias maravillosas del Inca había penetrado en las provincias más remotas y puesto tan gran terror y espanto a los caciques y señores dellas, que los mas le enviaban sus embajadores ofreciéndoles paz y pidiendo ser admitidos por vasallos suyos; y él recibía con blandura y amor a los que voluntariamente se le sujetaban, y hacía cada guerra a los que le resistían.” (3)

b. **La Incorporación del Tucumán**

A la vez que pacificaba y ordenaba Charcas, el Inca prosiguió en su avance anexando nuevas tierras. Así fue como llegaron ante él mensajeros procedentes de unas remotas tierras del sur de nombre Tucma, hoy Tucumán. Estos mensajeros eran enviados por los caciques de la región, quienes al tener conocimiento del poder de los guerreros desconocidos determinaron ponerse bajo su protección.

Según nos refiere Garcilaso, las palabras de la embajada fueron:

“Zapa Inca Viracocha, la fama de las hazañas de los Incas tus progenitores, la rectitud, e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan a favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros las grandes maravillas que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por ti, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra y pasan adelante.” (4)

El discurso, que constituye un reflejo fiel del pensamiento y la obra garcilacista, es una especie, de panegírico destinado a exaltar las excelencias del Imperio Incaico. Esto explica lo que a continuación añade el cronista:

“De las cuales grandezas, aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte hayas bien recibirlos debajo de tu Imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios, y te dignes de darnos incas de tu sangre real que vayan con nosotros a sacarnos de nuestra bárbaras leyes y costumbres y enseñarnos la religión que debemos tener y los fueron que debemos guardar. Para lo cual, en nombre de todo nuestro reino, te adoramos por hijo del Sol y te recibimos por Rey y señor nuestro...” (5)

En testimonio de la sujeción los mensajeros entregaron al Inca ropa de algodón, miel, mieses y legumbres, todos productos de aquellas tierras. En recompensa a la actitud pacífica y la voluntaria sumisión de los curacas del Tucumán, mandó el inca que se les enviaran ricos presentes, especialmente ropas de lana muy fina y dispuso que acompañen de regreso a los mensajeros, gobernadores, que ejecuten sus disposiciones, y mitimaes que enseñen las leyes y costumbres del Imperio.

¿Pero quiénes eran los habitantes de la región de Tucma de quienes hacen mención las crónicas?. Como señala López Mañán, el Tucumán “...fue un sitio de encuentro de pueblos bastante diferenciados por la naturaleza y su grado de desarrollo.” (6). Habitaban la región comprendida entre el río Salado y los Andes dos pueblos: los diaguitas, en las faldas de los Andes, y los juríes, en la región de los llanos.

Los juríes fueron aquellos que voluntariamente se pusieron bajo el dominio incaico. Era un pueblo pacífico, labrador y sedentario, características que lo diferenciaban en mucho de sus vecinos los que destacaban por su agresividad. Además de los diaguitas y juríes que poblaron aquellas tierras, hoy noroeste argentino, estaban los lules, pueblo móvil y guerrero, que habitaba en la zona comprendida entre los ríos Bermejo y Salado. Mas al oriente, poblando la región de Córdoba, se ubicaban los comechingones.

El territorio de los juríes se hallaba, por consiguiente, sometido a una fuerte presión por parte de pueblos belicosos por naturaleza y de distinto nivel cultural. Esta situación probablemente los llevó a colocarse bajo la protección del Imperio, el cual tenía el poder para protegerlos y rechazar las incursiones de sus enemigos.

Al respecto, curioso es notar, que si bien es evidente que de hecho se dio la presencia de funcionarios y mitimaes en esas tierras, las crónicas no mencionan la existencia o el envío de guarniciones militares. Pero precauciones de orden castrense tuvieron que haberse tomado, no contra los juríes que eran pacíficos y aceptaban la presencia incaica, sino contra los pueblos que los rodeaban.

Montesinos, al referirse a varios de los Incas que menciona, nos presenta la existencia de una situación de conflicto constante en esa región debido a que continuamente se producían incursiones de pueblos bárbaros. El mismo hecho de que los Incas no intentaran profundizar sus conquistas por esa zona, no hace más que confirmar la situación especial que presentaba ese lejano territorio incaico.

Después de volver a sus tierras los embajadores del Tucumán, Túpac Yupanqui permaneció un tiempo en la región de Charcas, sujetando algunas tierras hasta llegar a las zonas de los Chichas, Lipes, Urnaucacas; todos pueblos salvajes que le opusieron dura resistencia y a los que nunca pudo sojuzgar por completo.

Dice Cieza de León de esta última campaña:

“Y cierto debieron pasar a Tupac Inca cosas grandes, muchas de las cuales priva el olvido por la falta que tienen de letras, y yo pongo sumariamente algo de los muchos que sabemos por lo que oímos y vemos los que acá estamos, que pasó”. (7)

Antes de regresar a sus tierras los embajadores tucumanos proporcionaron al Inca algunas informaciones. Gracilazo refiere que los mensajeros hablaron a Túpac Yupanqui en los siguientes términos:

“Solo Señor, porque no quede nadie en el mundo que no goce de tu religión, leyes y gobierno, te hacemos saber que, lejos de nuestra tierra, entre el sur y el poniente está un gran reino llamado Chili, poblado de mucha gente, con las cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de sierra nevada que hay entre ellos y nosotros, más la relación tenemosla de nuestros padres y abuelos; y pareciéndonos darte para que hayas por bien de conquistar aquella tierra y reducirla a tu Imperio, para que sepan tu religión y adoren al Sol y gocen de tus beneficios”. (8)

c. La huella incaica

La conquista de Chile por las huestes incaicas fue el resultado de una dura campaña que no nos toca referir, pero que se realizó siguiendo la ruta tucumana. Las referencias del cronista Miguel de Olavaria en su “Relación de la Provincia de Chile”, confirman lo señalado cuando refiere que un Inca:

“... teniendo noticias de la bondad riqueza y fertilidad de Chile y vino un ejército poderoso de gran cantidad de yndios para conquistar aquella tierra, hicieron su entrada por la gobernación del Tucumán y acometieron a pasar dicha cordillera nevada por el mismo camino que usan los españoles desde Mendoza y San Juan a la ciudad de Santiago según oy se ve y yo lo vi por las ruinas que parecen de los grandes edificios y paredones que hacían en los alojamientos de cada día a su usanza demostraciones de su poder y barbara pujanza, continuando los dichos edificios aún en lo más aspero de la gran cordillera”. (9)

Diego de Rosales en su “Historia de Chile” (mediados del siglo XVII), menciona las campañas de Huáscar en esa región indicando que el ingreso de los ejércitos incaicos era “... por las provincias de Tupiza, Tucumán y Diaguitas, que caen en la parte de los montes altos de la cordillera nevada de los Andes a la banda del norte...”. (10). No sólo las crónicas confirman el tránsito de guerreros y la presencia incaica en esas regiones, una carta del oidor de Charcas Juan de Matienzo, del 1 de enero de 1566, recuerda la existencia de tambos incaicos en el camino de Charcas a Santiago del Estero.

También la arqueología se encargará de consolidar las evidencias del pasado incaico en las regiones del noroeste argentino. Desde fines del siglo pasado estudiosos hallaron dichas huellas, entre ellos destaca Max Uhle quien fue uno de los primeros en encontrar analogías entre el arte incaico y tucumano e incluso influencia tiahuanacuense.

Por último, evidencias lingüísticas refuerzan el conjunto de elementos que permiten estructurar la búsqueda de la huella incaica en esos lugares. Siglos después de la conquista, el quechua seguía siendo hablado en el Tucumán; así, Concolorcorvo en su “Lazarillo de ciegos caminantes” señala que:

“La mayor parte de las mujeres (tucumanas) saben la lengua quichua para manejarse con sus criados, pero hablan el castellano sin resabio alguno, lo que no experimenté en los pueblos de Nueva España, y mucho más en los del Perú...”. (11)

Por eso, hace muchos años, Roberto Levillier reclamaba contra la idea de que los Incas no pertenecían a la historia argentina sino peruana, porque así se descuidaba, según él, “... el conocimiento de una cultura, que si es de los peruanos porque ellos la crearon, es también nuestra...”. (12)

3. LA EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA ESPAÑOLA

La presencia española en la región del Cusco es el punto de partida para la penetración en dirección a Charcas y de allí hacia el sur, hasta los territorios de los Diaguitas, Lules y Juríes.

La expedición a Chile comandada por Diego de Almagro, fue la primera en descubrir la región de Jujuy en enero de 1536. Según el cronista Alonso Góngora Marmolejo, en su "Historia de Chile", Almagro fue advertido por Paulo Inca, quien lo acompañaba:

"... que si venía por Atacama hasta llegar a Copiapó había de pasar forzosamente 80 leguas de despoblado falto de hieba y de agua, si no era en unos pozos pequeños que llaman Jagueyes de agua salobre y mala, por conservar los caballos y mucha gente que traía, principalmente los caballos que tenían mucho precio en aquel entonces, dejó este camino y vino por el que os Ingas tenían por los Diaguitas". (13)

De acuerdo a lo señalado, la entrada española a Chile se realizó a través de tierras anteriormente sometidas al Imperio Incaico y que hoy conforman el noroeste argentino, para después cruzar la cordillera y llegar al valle chileno de Copiapó, también territorio incaico.

Al margen de los accidentados tránsitos a Chile, las primeras entradas de descubrimiento y población al noroeste argentino se iniciaron con la provisión que dio el gobernador Vaca de Castro a la expedición de Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás Heredia, para buscar la llamada tierra de los Césares, fabulosa región de riquezas, semejante a El Dorado. Las referencias a esta entrada las encontramos en Diego Fernández el Palentino, Pedro Cieza de León y Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Partió Diego de Rojas del Cusco en mayo de 1543 con cien soldados siguiendo camino por Ayaviri, Chuchito, Juliaca, Chuquiabo (La Paz) y finalmente La Plata. Aprovechados, descendieron por el camino de los Chichas y Lipes, atravesando Jujuy y penetrando después a la zona de Diaguitas. Llegaron a la provincia fértil de Tucumán y continuaron hacia el Río de la Plata por los Juríes, hasta la muerte de Rojas en enero de 1544. Cerca al Paraná terminó la expedición, regresando parte de los sobrevivientes al Cusco.

La segunda entrada al Tucumán la realizó Juan Núñez del Prado por recomendación de las autoridades de Charcas. Partió de Potosí a fines de 1549 y fundó la ciudad de Barco, después llamada San Miguel. En esa situación surgieron conflictos con gente española que se dirigía a Chile, sometiéndose Núñez del Prado a Francisco de Villagra, caudillo que inició la etapa de influencia de los de Chile en las primeras poblaciones del Tucumán, y que concluyó cuando por Real Cédula del 29 de agosto de 1563 se segregó la provincia del Tucumán de la jurisdicción de Chile.

Más allá de las discusiones derivadas de los límites señalados a Chile en los primeros años de la dominación española, la articulación del Tucumán con Charcas era fundamental, así la entendió la Audiencia de Lima la cual, en carta al rey del 3 de marzo de 1564, señaló:

"El conde de Nieva a petición de la provincia de Tucumán y por averse revelado en ella los naturales y muerto cantidad de españoles entendiendo que de la provincia de Chile por estar apartada no se le podía dar socorro proveyó por gobernador de la provincia de tucumán, juríes y diaguitas al capitán Francisco de Aguirre vezino de Coquimbo el cual con alguna gente fue al dicho socorro y esta entendiendo en ello, estas provincias de tucumán, juríes y diaguitas estan apartadas de las de Chile y en medio de anvas esta una cordillera que no se puede pasar mucha parte del año y en el paso de ella tenemos rrelación que han muerto muchos naturales del frio que en ella ay y que conbernia hacerlo gobernación por si distinta y apartada de la de chile como agora esta...". (14)

Como señala Roberto Levillier, la Real Cédula mencionada, al colocar bajo la audiencia de Charcas todo lo que era sierra desde el Cusco a los diaguitas, no hacía más que reconocer razones de carácter geográfico, intereses corporativos, derechos históricos, necesidades de justicia próxima y la existencia de un tráfico comercial antiguo y dinámico (15).

El Tucumán quedaba así vinculado al bajo Perú como lo había estado en tiempos de la dominación incaica.

Las fundaciones españolas se sucedieron rápidamente en la región, prefiriendo instalarse las ciudades en áreas en las que la población indígena era predominantemente sedentaria. Santiago del Estero es fundada

en 1553 por Francisco de Aguirre, San Miguel de Tucumán en 1563, Esteco en 1553, Córdoba en 1573, Salta en 1582 y Jujuy en 1593. Dos provincias quedaban conformadas bajo la jurisdicción de la Audiencia de Charcas: Tucumán y Río de la Plata. Conservando la primera en predominio sobre la segunda hasta fines del siglo XVII. Después de esa fecha, el influjo de Buenos Aires, puerto de entrada desde el Atlántico, sería cada vez mayor hasta su triunfo definitivo con la creación del virreinato del Río de la Plata.

La ruta del descubrimiento y la conquista española siguió, por consiguiente, las líneas de penetración incaica, transitando por sus caminos y sobreponiendo su dominio a la anterior dominación cusqueña. Los años de incorporación del noroeste argentino al dominio europeo confirman y consolidan la vertebración de esa región a los espacios andinos alto y sur peruanos.

4. LA EPOCA COLONIAL

Sentadas las bases de la dominación española en el noroeste argentino, la antigua región de los Diaguitas, Juríes y Lules se integró al sistema colonial. Tal integración no dejó de ser puesta a prueba por los pueblos de la zona quienes a lo largo del siglo XVII enfrentaron a las fuerzas españolas, inicialmente con suerte alterna pero con la derrota como epílogo.

Las rebeliones indígenas estuvieron ligadas al Perú a través de algunos elementos representativos. Es el caso de los levantamientos calchaquíes en la Gobernación del Tucumán, el primero entre 1626 y 1637 y el segundo entre 1657 y 1667. En el último de los señalados destaca la figura de Pedro de Bohorquez, español aventurero que “Se tituló Inca y descendiente de Incas y se erigió en redentor de la raza oprimida” (16).

Fue así que engañando al Gobernador Alonso de Mercado y Villacorta, al que prometió la sumisión de los naturales y la entrega de tesoros y huacas, consiguió su apoyo e incluso la aceptación de su condición de Inca. Fue recibido como tal, en medio de ceremonias el 30 de julio de 1657 y reconocida su mujer como colla. Bohorquez obtuvo también un documento por el que se autorizaba a usar el título de Inca.

No todos fueron sorprendidos por el aventurero pues el Provincial de los Jesuitas recomendó a sus misioneros no dejarse llevar por las promesas del impostor y advirtió que debían “Tener cuidado con la palabra Inca, porque es voz que puede transformarse en trueno (en esto fue profético) cuando llegue a oídos del Virrey” (17). Mientras tanto el falso Inca se hacía conducir en andas, llevaba vestiduras imperiales y convivía con un gran número de concubinas. El Virrey Conde de Alba de Liste, al enterarse en Lima de los sucesos, ordenó la detención de Bohorquez quien inició un levantamiento sin éxito pues fue derrotado, entregándose a la autoridad el 1º de abril de 1659, confiado en un indulto que no se cumplió. Los indígenas continuaron la resistencia en sus cerros por muchos años, convirtiéndose Tucumán en zona de guerra hasta que fueron definitivamente vencidos en 1667. Sin embargo no se puede olvidar que:

“El grito de esperanza que levantó el falso Inca, fue para los indios del Noroeste argentino, el postrer grito de libertad que retumbó entre los cerros Calchaquíes”. (18)

Es así como a través de la figura de Bohorquez se puede observar la huella del incario y del Cusco en esas regiones.

Conviene resalta también que la influencia de la guerra en el Tucumán colonial fue muy importante, exigió ingentes recursos humanos y materiales a una región no muy rica. Las características del proceso hicieron que las actividades económicas no sean estables, más aún en una zona de tráfico mercantil, pues era el camino entre Lima, la región minera (Potosí) y Buenos Aires, puerto atlántico del contrabando. (19)

Por todo ello, el proceso de pacificación de los indígenas rebeldes era vital para la incorporación de la región a la vida económica dentro del sistema colonial, cosa que se logró con esfuerzo y trajo no sólo la seguridad necesaria para el tráfico comercial sino también un mejor aprovechamiento de la mano de obra indígena.

Al respecto Magnus Morner refiere que en esa región se notó inicialmente una dependencia de los europeos respecto a la producción textil indígena (20). El cultivo del algodón y la elaboración de tejidos de ese material alcanzó gran desarrollo, por lo menos hasta el momento en que se dejó sentir una disminución de la mano de obra indígena. La producción textil del Tucumán encontró un mercado abierto y ansioso en la región de Potosí, corazón de la producción minera peruana. La ruta de ese comercio partía desde Córdoba, pasaba por Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta y Jujuy, para llegar a la importante ciudad minera.

Textiles del Tucumán y mulas de Córdoba abastecían el mercado potosino y toda la región de Charcas. Este panorama no debe ser entendido como de absoluto beneficio para los productores y comerciantes de la región tucumana en tanto que, si bien los precios de sus productos eran muy altos en Potosí, también los productos europeos que ellos necesitaban alcanzaban precios exorbitantes en esa ciudad (21). La riqueza minera favorecía los altos precios tanto de las exportaciones como de las importaciones de los españoles del Tucumán. Y detrás de Potosí estaba Cusco y después Lima, a las que también debían en términos de proyecciones y necesidades.

Como señala Sempat Assadourian, “Un simple cotejo de fechas indica que el auge potosino corre paralelo al proceso de consolidación de la conquista del territorio argentino” (22). Es así que la estrategia colonial convirtió al Tucumán en una región que contribuía a resolver el problema de abastecimientos para la región minera, con un valor de exportaciones de 100,000 pesos en productos textiles para 1603. Córdoba, incapaz de mantener una producción textil más allá de 1610, por la pérdida de mano de obra indígena, se vuelca hacia la crianza de mulas a partir de esa fecha y se incorpora con ese elemento al circuito comercial.

El intenso tráfico comercial entre Córdoba y el Alto Perú por la ruta del Tucumán y Salta hizo en que 1623 se estableciera una Aduana Seca en esa ciudad para evitar que la plata del Perú fugara al extranjero a través del contrabando desarrollado en el Río de la Plata.

La definición de un eje predominante de comercio entre Lima y Potosí determinó la necesidad de capacidad de fuerza y capacidad de carga para el transporte de productos por zonas quebradas y de difícil tránsito, encontrando en las mulas la solución ideal de esos problemas. Observando los índices de exportación de mulas desde las regiones platinas, advertimos que de cerca de 10,000, entre 1620 y 1625, se pasa a 35,000, en 1645 (23). La cría de mulas se desarrolló enormemente distinguiéndose en la actividad, grandes y medianos productores; se incluía entre los primeros el sector religioso, sobre todo los jesuitas. Empresarios fleteros se encargaban de conducir a las mulas en tropas de hasta 3,000 ó 4,000 cabezas que obligaban al empleo de cantidad de obreros sean negros, indios o mestizos.

En el “Lazarillo de ciegos caminantes” encontramos una apreciación al respecto:

“Por mi cálculo, en 10 años entraron en el Perú quinientas mil mulas, y suponiendo que solamente se murieran o estropearan las que había, sería preciso contar actualmente con quinientas mil mulas de servicios de carga, silla, coches y calesas, cuyas dos últimas clases se reducen a Lima, porque en otras ciudades no se usa este ostentoso tren, porque no se proporciona a su terreno o por mejor decir, al uso”. (24)

Vemos así como el autor, Alonso Carrió de la Bandera o Concolorcorvo, resaltó la importancia y dimensión del comercio de mulas en su obra publicada en 1773, tres años antes de la creación del Virreinato del Río de la Plata, mostrando con ello que durante el siglo XVIII las mulas seguían siendo uno de los elementos fundamentales para la articulación de la economía platina y tucumana al Perú. Según él:

“Se puede decir que las mulas nacen y se crían en las campiñas de Buenos Aires hasta la edad de 2 años poco más, que comúnmente se llama sacarlos del pie de las madres, se nutren y fortalecen en los potreros del Tucumán y trabajan y mueren en el Perú. (25)

Los estudios actuales tienden a señalar que en el siglo XVIII declinó el comercio de mulas, sin embargo dicho comercio había dejado una huella tan profunda que iba más allá de los indicadores cuantitativos, penetrando en los contextos sociales y culturales de las regiones involucradas, tal como lo sintió Concolorcorvo en esa época.

Otros indicadores manifiestan también ciertos cambios en la región tucumana, por ejemplo se debe recordar que en 1695 el límite aduanero fue trasladado de Córdoba a Jujuy, lo que, según Morner, "Implicaba administrativamente que el mercado de Tucumán, hasta entonces en mano de los limeños, había pasado a los de los porteños" (26). Es evidente que a lo largo de XVIII la influencia de Buenos Aires se acrecentaba cada vez más gracias a los contactos informales con el Brasil y Europa. Por otra parte, desde 1720 el navío de registro había alterado los mecanismos tradicionales de intercambio, afectando los intereses de la oligarquía comercial limeña.

La primera señal de autonomía de las regiones del Tucumán y del Río de la Plata respecto al predominio de Lima, fue la creación de la primera Audiencia de Buenos Aires. La Audiencia tuvo corta vida, de 1661 a 1672, pero las motivaciones que determinaron su creación siguieron gravitando e influyeron más adelante en la creación del Virreinato del Río de la Plata. Las circunstancias de su fugaz existencia estuvieron relacionadas con el Virreinato del Perú del cual formaba parte. Cabe referir que en la Real Cédula del 6 de abril de 1661, que determina la creación de la Audiencia, dentro de los considerandos se señalaba:

“Que a partir de su creación, en 1661, los extensos territorios del Tucumán, Paraguay y Río de La Plata -que hasta entonces habían vivido con la atención fija en Lima, Charcas y Chile, de cuyos centros le bajaba todo y de los que dependían-, van a pasar a ser dirigidos por Buenos Aires y su puerto”. (27)

La creación del Virreinato del Río de la Plata y el Libre Comercio constituyeron el último tramo de un proceso de reestructuración de los espacios económicos coloniales. Para los años 90 del siglo XVIII un análisis de la composición del comercio peruano muestra que todavía el comercio con Buenos Aires era de gran importancia: las exportaciones a Buenos Aires totalizaban 2'034,980 y las importaciones 864,790 con una diferencia a favor de Lima de 1'170,190 mientras que todas las demás áreas mostraban una balanza de intercambio desfavorable. (28)

A partir de los indicadores señalados se puede observar que la creación del Virreinato del Plata no paralizó los intercambios que, a partir del influjo bonaerense, alcanzaron dimensiones apreciables especialmente en lo referente a producciones locales destinadas a las clases populares, como el caso de tejidos burdos que llegaban a Charcas en gran cantidad.

Este tipo de realidades, que vemos aparecer por toda la América Española, ha llevado a redimensionar la importancia de los mercados y tráficos internos, anteriormente opacados por el gran comercio ultramarino.

La observación de los espacios económicos coloniales muestra características que desbordan los límites judiciales o administrativos coloniales. La realidad de los mercados internos y su dinámica empieza a sobrepasar por encima del cúmulo de cuentas de producción minera, o volúmenes de comercio ultramarino, que tanto habían fascinado a los investigadores. Justamente, conviene recordar con Sempat Assadourian, que la mayoría de las investigaciones sobre los espacios coloniales tendían a limitarse territorialmente en las fronteras de los estados nacionales modernos (29). Los nuevos mecanismos descubiertos permiten ver con claridad la naturaleza de estructuras que se definen y funcionan más allá de los límites coloniales de aquellas épocas y, con mayor razón aún, más allá de las actuales fronteras entre estados.

En ese sentido el eje comercial Tucumán, Salta, Charcas, Cusco, Lima, fue uno de los más importantes durante la época colonial y sus huellas no sólo se deben advertir en el terreno económico sino, también en los ámbitos culturales, sociales y mentales.

5. LA EPOCA DE LOS LEVANTAMIENTOS Y LA LIBERTAD POLITICA

Los últimos años del siglo XVIII traen consigo el desarrollo de levantamientos contra el dominio español. El más importante fue la insurrección de Túpac Amaru en 1780, movimiento que trastornó profundamente las estructuras de dominación colonial, aún cuando culminó en derrota y sangrienta represión.

Las noticias del alzamiento tuvieron repercusión en los territorios del Virreinato del Río de la Plata. En Buenos Aires y Córdoba fue visto con simpatía, especialmente en la segunda, en donde el Cabildo temió un alzamiento por parte de las milicias movilizadas y de los campesinos. La preocupación del Virrey Juan José de Vértiz por los sucesos del Perú queda expresada en una carta que envía al ministro de Indias, el 30 de abril de 1781, en donde señala que:

“La capital de buenos Aires y sus costas de Norte a Sur, si se verifica la expedición de los ingleses, no tiene otro recurso para su defensa que este cuerpo de milicias disgustadas y vacilante su obediencia por imitar a las gentes del Perú”. (30)

También compartieron esas inquietudes personajes como Fray Pedro José de Parras quien, en un informe que eleva al Virrey Vértiz, sostiene que la agitación indígena “... ha emanado del mal ejemplo de sus semejantes (y) de la infame voz: ya tenemos Rey-Inca”. (31)

Todo el actual noroeste argentino se vio agitado por las noticias de la insurrección cusqueña y alto peruana; así, en Jujuy se produjeron enfrentamientos entre los indígenas y las gentes de la ciudad, quienes tuvieron que resistir el asedio de los alzados, dirigidos por el mestizo José Quiroga, quien fracasó en sus planes de tomar la ciudad. Salta tampoco fue ajena a los peligros del alzamiento; el gobernador Andrés Mestre tuvo que hacer frente a una rebelión generalizada de indios y a una insurrección de milicianos en Rioja.

La agitación en el noroeste argentino no dejó de tener las mismas características de represión violenta que se manifestó en el Cusco, Boleslao Levin señala que el mismo Virrey Juan José Vértiz, “ilustrado americano”, permitió que sus subordinados actuaran duramente, tal es el caso del gobernador Mestre quien en un informe a Vértiz, al tratar de la captura de 65 sublevados, 12 niños y 12 mujeres, dice “... los mandé pasar por las armas y dejarlos pendientes de (los) árboles en los caminos para que sirva de terror y escarmiento a los demás”. (32)

Todos los movimientos estuvieron directa e indirectamente vinculados a los líderes indígenas que en el Alto Perú conducían la rebelión de Túpac Amaru. No hay que olvidar que el mismo líder estaba ligado al tráfico de mulas con el Tucumán; y Tinta, el centro rebelde, era gran pueblo arrieril pues no en vano quedaba en el camino que unía Lima, Cusco, Potosí y Buenos Aires. (33) Por otra parte Tomás Catari, caudillo en la provincia de Chayanta, con su rebelión y aún después de su muerte también llegó a agitar las tierras tucumanas.

Si bien los movimientos mencionados fueron controlados por las autoridades coloniales, como señala Roel:

“En general, puede afirmarse que en todo el norte de lo que hoy es Argentina, y que antes formó parte del Tahuantinsuyo, hubo una enorme agitación que pudo haberse encendido si el movimiento incaico hubiera perdurado unos meses más”. (34)

Más adelante con el advenimiento del siglo XIX, se plantearon condiciones que van a favorecer la libertad política en el Virreinato del Río de la Plata. Las nuevas ideas que comprometieron a ciertos grupos de privilegio, tuvieron en la ciudad de Chuquisaca su centro de difusión más importante; basta señalar que personajes como Bernardo Moenteagudo y Mariano Moreno recibieron su influjo.

Será desde Buenos Aires que llegará la independencia política para las regiones del noroeste. Los episodios de resistencia al inglés consolidaron la influencia de la burguesía porteña, que optó por la ruptura con España en 1810. Así, al producirse la independencia de Buenos Aires surgieron tendencias separatistas en el interior alimentadas no sólo por las inquietudes propias sino también por los profundos vínculos con el Alto y Bajo Perú.

La reacción colonial tenía que venir justamente también del Alto Perú. Para controlar ese peligro desde Buenos Aires se enviaron expediciones hacia esa región. La primera, de Antonio Gonzales Balcarce, llegó hasta Desaguadero, pero fue derrotada por el Presidente del Cusco, General José Manuel Goyeneche en Huaqui. La segunda expedición, del General Manuel Belgrano, obtuvo triunfo en Tucumán y en Salta hasta que el General Joaquín de Pezuela los derrotó en Vilcapuquio. Finalmente, la tercera expedición bajo el

mando del General José Rondeau, fue derrotada en Sipe Sipe o Viluma. Sólo el arrojo de los hombres de Guemes impidió el avance colonial hacia Buenos Aires.

Contenida la reacción realista cundió el federalismo en las provincias libres, caudillos gauchos e indios de las sierras resistieron la influencia política de Buenos Aires. Eso explica la realización del Congreso de Tucumán, en donde la posición promonárquica llegó a contemplar la posibilidad de encumbrar a un inca en el poder. Si bien el centralismo triunfó por margen estrecho, la visión del posible inca gobernante indica una identificación de los habitantes de esas regiones con los territorios andinos, y ello explica que, a pesar de la vigencia de la nueva constitución hubieran reacciones rebeldes entre gauchos e indígenas, quienes instauraron un federalismo práctico que sólo desaparecería mucho tiempo después.

La mención rápida de los acontecimientos señalados tiene como fin resaltar el mantenimiento de los seculares vínculos entre la región tucumana y el Perú, pues aún los vientos de libertad política se articulaban y superponían a las raíces históricas que unían a ambas regiones. Es por eso que detrás de esos mecanismos, se observan identificaciones y permanencias ancestrales, como las que recuerda el Virrey Pezuela en un informe al Ministro de Guerra de España del 5 de noviembre de 1818:

“Los indios, son naturalmente inclinados a toda clase de maldades, la religión católica, en mi concepto no la conocen; su aversión a la autoridad del rey y la adhesión a sus incas son indelebles y tan arraigadas como en los primeros años de su conquista”. (35)

No debería asombrar que esas huellas indelebles también se adviertan por esa época en el Tucumán.

6. DE LAS REPUBLICAS DEL SIGLO XIX AL PRESENTE

Consolidada la independencia del Perú, Bolivia y Argentina, la antigua ruta Tucumán-Potosí-Lima se interrumpió. Varios factores concurren a la determinación de esa realidad y la búsqueda de una explicación a ello se torna compleja para los pocos investigadores que intentan romper con los límites de las fronteras actuales y que ven en el proceso algo más que un problema político.

Es evidente que la ruptura de los lazos entre Tucumán y el Perú no fue brusca ni sorpresiva, más bien fue un lento languidecer que afectó principalmente el ámbito económico de esa ruta histórica, aún cuando otros elementos de carácter cultural y mental siguieron jugando un papel importante.

Tratando de ubicar y profundizar en algunos aspectos que durante la época republicana, consolidaron la separación de los espacios anteriormente integrados, no podemos dejar de lado la situación creada por las turbulencias políticas producto de las luchas entre caudillos y el peso gravitante de las fuerzas armadas en las jóvenes repúblicas. En esas condiciones, abrumados por problemas internos, los estados no pudieron articular o recomponer el antiguo ordenamiento económico de los espacios coloniales. Revoluciones, guerras y violencias no favorecieron los procesos de integración, que ya revestían desde la independencia, un carácter internacional; más aún cuando dichos problemas llegaron en determinadas circunstancias a comprometer la integración nacional.

Tiene mucha importancia también la preocupación inicial por la delimitación territorial, campo en el que la herencia colonial tuvo un peso gravitante. Los conflictos internacionales por la definición territorial acentuaron la desconfianza y el antagonismo, creando condiciones para el aislamiento de regiones tradicionalmente integradas por la economía, la cultura, la historia y la naturaleza. Zonas que compartían problemas, necesidades y ventajas comunes se aislaron ante la presencia de la frontera.

En ese sentido, el antiguo eje Lima-Tucumán resultó asfixiado por las presiones de dos fuerzas generadoras de impulsos contrapuestos: la tendencia de Lima a mirar hacia el Pacífico y la de Buenos Aires a mirar al Atlántico; mientras tanto, al centro, la zona vital de Cusco-Potosí-Tucumán quedaba fragmentada y librada a la dinámica de los pequeños microcosmos regionales, más aún cuando la desarticulación era producto de la emergencia de tres realidades políticas autónomas en su seno.

Por otra parte, la evolución histórica de cada una de las repúblicas involucradas en el proceso que analizamos, muestra aspectos comunes pero también gravitan en él ciertas peculiaridades que ocultan

semejanzas y acentúan diferencias. En términos políticos, la accidentada evolución que presenta el estado boliviano no alcanza la misma dimensión en Argentina o incluso en el Perú; así como en el terreno económico, la evolución argentina destaca sobre la de los otros dos países. No se debe olvidar tampoco la existencia de algunos otros elementos tales como procesos migratorios, enfrentamientos bélicos, recursos naturales, y demás, que establecieron diferencias importantes.

A pesar de ello, y desde los albores republicanos, no dejan de estar presentes ciertos esfuerzos de integración, sea de carácter político, como el caso de la Confederación Perú-Boliviana, u otros de carácter económico, más silenciosos pero tampoco eficaces y permanentes. En todo caso fueron las necesidades de los mercados locales debido a su crecimiento y expansión, los mejores combustibles que generaron espontáneamente procesos de integración y complementación, incluso desbordando con ello voluntades políticas o proyectos nacionales.

Pero si bien en lo político no se llegó a crear suficientes condiciones de interacción real, las costumbres, tradiciones, la cultura y aún la vida material, si lo hacían. En ese sentido se puede considerar como factor importante de vertebración a los Andes, con su fisonomía natural y humana; y, como elemento de sustento, las raíces históricas prehispánicas y coloniales.

El siglo XX muestra nuevos y vigorosos impulsos en busca de la integración latinoamericana, impulsos que pretenden ir más allá de situaciones coyunturales y que se apoyan en factores estructurales y permanencias. Muchos elementos empujan a la integración de Latinoamérica, entre ellos el estado de dependencia económica respecto a las potencias industrializadas y a algunas instituciones financieras internacionales, que obliga a agilizar mecanismos de complementación económica y a definir perfiles de política común frente a problemas que también son comunes. Por otra parte, en el presente, la técnica y el desarrollo científico proporcionan instrumentos para la superación de los obstáculos que imponen la naturaleza y la distancia.

Pero el principal elemento motivador es el hombre y, en ese sentido, inquietudes colectivas, movimientos de opinión pública o acciones concretas han expresado y están expresando aspiraciones de integración. Concurren al esfuerzo la voluntad política de líderes y representantes, factor imprescindible para el logro de los objetivos propuesto.

Así, en la búsqueda de concretar políticas de acción común, el conocimiento de las raíces históricas de nuestros pueblos proporciona un sustento sólido. Dentro de esa perspectiva, la existencia de ese "corredor histórico" entre el Perú y el noroeste argentino es una garantía de que el esfuerzo y las inquietudes de las poblaciones de esas regiones por lograr revitalizar la integración del pasado, se verán coronadas por el éxito en el presente, para así alcanzar un futuro mejor.

NOTAS:

1. COBO, Bernabé... Historia del Nuevo Mundo. Madrid, 1956. L. XII, Cap. XIV, p. 84.
2. LIZARRAGA, Reginaldo... Descripción de las Indias. Lima, 1946. L. I, Cap. LXXXI, p. 137.
3. COBO, Bernabé... Op. cit. L. XII, Cap. XIV, p. 85.
4. GARCILASO DE LA VEGA, Inca... Comentarios Reales de los Incas. Lima, 1959. L. V, Cap. XXV, p. 279.
5. Loc. Cit.
6. LOPEZ MAÑAN, Julio... Tucumán Antiguo. Buenos Aires, 1916. p. 165.
7. CIEZA DE LEON, Pedro... El señorío de los Incas. Lima, 1967. Cap. LXI, p. 204.
8. GARCILASO DE LA VEGA, Inca... Op. Cit. L. V, Cap. XXV, p. 280.
9. Apud: LEVILLIER, Roberto... Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán. Lima, 1926. p. 26.
10. Ibidem. P. 27.
11. CONCOLORCORVO. Lazarillo de ciegos caminantes. Buenos Aires, 1946. Cap. VIII, p. 122.
12. LEVILLIER, Roberto... Descubrimiento y población del Norte Argentino por españoles del Perú (1543-1553). Buenos Aires, 1943. Cap. I, p. 7.
13. Apud: LEVILLIER, Roberto... Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán. p. 22.
14. Ibidem. p. 265.

15. Ibidem. p. 282.
16. FERNANDEZ A. de S., Adela... El segundo levantamiento calchaquí. Tucumán, 1968. Cap. I, p. 17.
17. Ibidem. Cap. I, p. 33.
18. Ibidem. p. 91.
19. GARAVAGLIA, Juan Carlos... La guerra en el Tucumán colonial: Sociedad y Economía en un área de frontera (1660-1760). En: Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social. Lima, N° IV, 1984. p. 29. Ver también en relación al contrabando, VILLALOBOS, Sergio... Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile. Buenos Aires, Eudeba, 1986.
20. MORNER, Magnus... Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. Buenos Aires, 1968. p. 22.
21. Ibidem. p. 25.
22. ASSADOURIAN, Carlos Sempat... El sistema de la economía colonial. Lima, 1982. I, p. 20.
23. Ibidem. p. 43.
24. CONCOLORCORVO, Op. Cit. Cap. VII, p. 107.
25. Ibidem. Cap. VI, p. 84.
26. MORNER, Magnus... Op. Cit. P. 82. Ver también CAUZZI, Teresa... Historia de la primera Audiencia de Buenos Aires. Rosario, P.U.C., 1984. Cap. I, pp. 18-21.
27. Apud. CAUZZI, Teresa... Op. Cit. Cap. II, p. 67.
28. DEUSTUA, Carlos... Aspectos de la economía peruana a fines del siglo XVIII (1790-1796). En: Boletín del Instituto Riva Agüero. N° 8, 1969-1971, pp. 171 -172.
29. ASSADOURIAN, Carlos S. ... Op. Cit. I, p. 14.
30. Apud. LEVIN, Boleslao... Túpac Amaru. Su época, su lucha, su hado. Buenos Aires, Ediciones Siglo veinte, 1973. Cap. VIII, p. 121.
31. Ibidem. Cap. VIII, p. 122.
32. Ibidem. Cap. VIII, p. 126.
33. BUSTO, José Antonio del... José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión. Lima, 1981. Cap. VI.
34. ROEL, Virgilio... Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la Independencia. En: Historia General del Perú. T. VI. Lima, 1980. p. 47.
35. Ibidem. p. 160.